

## **Recuerdos alrededor de una tesis de grado**

*Hoy estuve velando mis escombros  
los del pasado y los contemporáneos  
así aprendí que ciertas felonías  
suenan a hueco en su epopeya fácil  
y han perdido sus tristes atributos*

*Monólogo de un quídam  
Mario Benedetti*

No sé en cuál de las tantas cajas de archivo tengo olvidada mi tesis de grado. Ni siquiera está empastada. Tampoco existe copia en medio magnético, ni fotocopias, recursos impensables hace dos décadas y media. Sé que son copias sacadas con papel carbón. Sin embargo, los recuerdos de sus avatares están frescos. No puedo dejar de evocar en esta nota, que no tiene mayor pretensión, el clima que vivíamos en la década de los 70 quienes fuimos de la llamada generación del 68. La recién creada Facultad de Ciencias Humanas era un hervidero de jóvenes impetuosos, arrogantes, osados. ¿Cómo no recordar entre aquellos muchachos a Hernán Henao?, el que fuera años después uno de los más reconocidos investigadores sociales, según escribió la prensa el día después de su infame asesinato. En ese entonces creíamos que todo era posible. Aventurábamos que pronto seríamos agentes del gran cambio social. Sólo era cuestión de unos pocos años...

Psicología inauguraba el edificio de aulas, un poco a regañadientes de los estudiantes que nos sentíamos más a gusto en el edificio de Sociología, ya que allí siempre había actividad: el cineclub en donde se presentaba para nuestro deleite Ocho y Media de Fellini, las tertulias interminables en la cafetería (que en ese entonces quedaba en el primer piso, donde ahora queda una sala de estudio). Allí, en medio de una humareda impresionante, ¿quién no fumaba en ese entonces?, eso era como pensar en una película de la nueva ola francesa sin esa estela de humo maravillosa que se proyectaba en blanco y negro. Allí se

hacían planes, se debatían hasta el cansancio las tesis de Althusser. La conversación era pedante, había que demostrar que se conocía a muchos autores, era obligatorio citar a éste o a aquél. Cuanto más enredado se hablara tanto más prestigio se tenía. Los grupos eran cerrados y excluyentes. Para acceder a ellos había que hacer méritos, aunque a veces las relaciones de parentesco eran suficiente aval. Ese fue mi caso.

Una vez terminados los estudios universitarios, dejando atrás el mundo de las ideas para ingresar a la fuerza laboral, intentamos, con mis dos compañeras Gloria Isaza y Nohra Pabón elaborar una tesis sobre retardo mental. Las tres habíamos realizado prácticas en una institución de educación especial y sentíamos afecto hacia esta temática; además, yo fui vinculada allí como psicóloga, aún sin graduarme. Tal era la costumbre, no había muchos psicólogos en el mercado. Incluso era posible, como fue mi caso, ser docente universitaria, a partir del tercer semestre de estar estudiando Psicología

Lo cierto fue que después de meses o quizás de un año de trabajo en el proyecto, decidimos abandonar el tema y volver a comenzar. Nos sentíamos en la obligación de embarcarnos en un proyecto más amplio y articulado con el análisis experimental del comportamiento. Asistimos al primer curso que dictó Rubén Ardila sobre aprendizaje. También tomamos parte en el que dictó, hacia el final de la carrera, Juan Alberto Aragón y que causó gran impacto, ya que logró entroncar un enfoque experimental de la Psicología con postulados marxistas. Había insatisfacción con una visión de la Psicología exclusivamente psicoanalítica. Por eso conformamos grupos de estudio y ocurrieron casos tan peculiares como el de un alumno que des-

\* Directora y profesora asociada del Departamento de Psicología (1998-2000).

de el comienzo del semestre dictaba la clase de Piaget, mientras que la profesora titular tomaba nota. En esos grupos de estudio se destacaba Horacio Restrepo, un estudiante algo mayor que el resto de nosotros, dotado de una gran capacidad para el discurso teórico. De hecho, su tesis versaba sobre el concepto de relevancia en la posición metodológica de Skinner y fue uno de los primeros de nuestra promoción en graduarse. Pues bien, decidimos que nuestro compañero Horacio, en ese momento vinculado como docente de Psicología a la Universidad Nacional, nos dirigiera el trabajo.

Después de darle vueltas al asunto, llegamos a la conclusión de que debíamos atrevernos a formular una hipótesis novedosa, tal era que a nuestro juicio, ni el condicionamiento clásico ni el condicionamiento operante podían dar cuenta de la complejidad del aprendizaje. ¿Pero cómo probar tan osada formulación?

Nos dimos a la tarea de revisar a fondo las teorías existentes sobre las emociones. La mayoría de los libros y revistas los tomamos prestados de la biblioteca personal de Rubén Ardila. Yo con un muy mal inglés y con traducciones bastante “macarrónicas” que mis compañeras pacientemente retocaban (después de tantos años aún se burlan de mi “ansiedad supresionada”). El caso es que creímos encontrar datos anómalos en la literatura, específicamente en los estudios skinnerianos de supresión condicionada que este autor establece como paradigma para el estudio de la conducta emocional.

Se trataba en estos estudios de establecer un patrón de conducta mediante un programa de reforzamiento de intervalo fijo; posteriormente se presentaba un estímulo visual, el cual era seguido por un choque eléctrico. Como resultado de esto, el animal dejaba de emitir la conducta operante, que se suponía estaba mantenida por el estímulo administrado contingentemente. ¿Por qué se presentaba esta interrupción en la conducta operante? ¿Cuál era el mecanismo que daba cuenta de este fenómeno? Creímos encontrar algo interesante allí y nos propusimos diseñar un experimento que pusiera en evidencia la incapacidad explicativa del condicionamiento en general. Llegamos a pensar que podríamos atrevernos a formular un tercer tipo de aprendizaje.

Ahora venían los asuntos prácticos que debíamos resolver, ¿en dónde realizaríamos el experimento? Por supuesto en la Universidad Nacional no existía un laboratorio para experimentación con animales. De nuevo acudimos a Rubén Ardila, en ese momento director del recién creado departamento de Psicología de la Universidad de los Andes. Allí, para el entusiasmo de jóvenes profesores recién graduados, se contaba con un flamante laboratorio, perdido al final de unas interminables escaleras, en lo que antes fue un asilo de locas.

Rubén nos facilitó el laboratorio y empezamos el viacrucis. Primero, había que conseguir las ratas, lo que logramos en el Instituto Nacional de Salud. Luego, estaba el problema de registrar las respuestas, ya que la caja de Skinner era muy rudimentaria, tarea esta que nos turnábamos entre las tres, además el manejo cuidadoso del tiempo para la presentación de los estímulos visuales que antecedían a la presentación del choque eléctrico. Estábamos entusiasmadas y convencidas de lo novedoso de nuestro trabajo. El esfuerzo valía la pena. Entretanto, Horacio había renunciado a la Universidad Nacional para radicarse en Medellín su ciudad natal.

Un día llegamos a correr el experimento y encontramos a las 2 ratas muertas, sin duda a manos de fuerzas oscuras, pues días antes las habíamos encontrado descoladas. ¿Quiénes fueron?, ¿por qué lo hicieron? Nunca lo supimos. Nos sentimos culpables de nuestro error, por supuesto que debimos haber entrenado a más ratas. Esas cosas pasan, nos dijimos. Eso no nos iba a desanimar. Volvimos a empezar con más ratas y con la sensación de estar mejor entrenadas y coordinadas en el registro, la presentación de luces y pasar el rato en silencio.

Algún tiempo después de una forzada interrupción por vacaciones de Semana Santa, época en la que Nohra estaba en embarazo avanzado de su primer hijo, nos dispusimos a continuar con nuestro experimento. Pero para desgracia nuestra, al llegar al laboratorio el lunes de pascua, no encontramos caja de Skinner, ¡se la habían robado! (¡Eso sí era el colmo!) ¿Qué podíamos hacer, qué fuera distinto de esperar a que la Universidad repusiera el equipo? Todo parecía oponerse en el camino de nuestro trabajo.

Después de un tiempo hubo caja, se reinició el experimento, conseguimos los datos.

Pacientemente hicimos los registros acumulativos en papel milimetrado, mecanografiamos en máquina manual nuestro trabajo. Mientras tanto, yo me había vinculado a un centro de investigaciones, a través del cual me ofrecieron una beca para hacer una Maestría en Análisis Experimental del Comportamiento en la Universidad Nacional Autónoma de México. Había plazos inamovibles, necesitaba estar graduada antes de viajar. Con las prisas que son habituales en estos casos, sustentamos y el trabajo recibió la calificación de Meritoria. Hasta donde tengo información fue la primera investigación experimental en comportamiento animal que se realizó en Colombia.

Luego, sigilosamente y sin decirle a nadie, asistimos a la ceremonia de grado. Nos parecía que después de tres años de haber salido de la universidad no era motivo de orgullo contar que nos estábamos graduando. 